

entonces parecia como una persona que acaba de despertar de un sueño. Su cara se demudaba al momento con una expresion de benevolencia desagradable y exajerada, y se acercaba al Emperador como un perro zalamero.

OCUPACION DE QUERETARO.

LEGAMOS frente á Querétaro el 19 de Febrero, á las diez de la mañana. Esta ciudad siempre habia sido muy amiga á la causa del Emperador, y la noticia de su llegada produjo entre sus habitantes una escitacion sumamente agradable. Viejos y jóvenes, hombres y muchachos, salieron á encontrarle á la Cuesta China, cerro bastante elevado al Sur de la Ciudad, y á cosa de 800 métrros de la casa del peaje de la garita de México. El Emperador y su pequeño ejército fueron aclamados por la gente con un entusiasmo que sentian en el alma.

La guarnicion marchó entre la Cuesta China y la garita, y á su cabeza iban los generales Miramon, Escobar, el prefecto de la ciudad, Mejía, Castillo, Arellano, Valdez y Casanova y un gran número de otros oficiales. Miramon y Escobar saludaron al Emperador con un discurso adecuado, y él contestó de la misma manera.

Terminado esto, el Emperador entró á la ciudad, que estaba adornada con banderas y otras cosas y se dirigió al

Casino á donde se alojó. Al entrar á este lugar, su caballo falseó, lo que desde muy remotos tiempos ha sido considerado como de mal agüero, pero nadie notó gran cosa de esto, en medio del júbilo escitante de esa hora.

Pronto despues recibió el Emperador al alto clero y autoridades de la ciudad y un gran número de oficiales le fueron presentados. Despues prosiguió á la Catedral á pié, adonde se cantó un solemne *Te Deum*.

Antes de continuar mi narracion creo seria conveniente decir algunas palabras sobre los personajes que aquí encontraron al Emperador y que debian hacer un papel interesante en la tragedia subsiguiente.

D. Miguel Miramon era el mas importante entre todos. Como he dicho antes, habia sido uno de los gefes mas prominentes del partido clerical y aun presidente de la República á los veinticinco años. Era ahora hombre buen mozo de cosa de treinta y cuatro ó treinta y cinco años, de estatura mediana, de cuerpo y maneras elegantes, con el pelo, bigotes y piocha oscuros. Hombre de gran viveza, estrechamente ambicioso, muy valiente y atrevido, pero no general científico, y estratégico bastante mediano.

De Orizava, adonde en compañía con Márquez y el padre Fischer indujo al Emperador á quedarse, se fué á mediados de Diciembre de 1866 á México, reunió á toda prisa quinientos ó seiscientos hombres y con estos y con una batería, marchó rumbo Norte al Estado de Zacatecas, para impedir al enemigo que concentrase sus tropas y que avanzase con ellas sobre Querétaro y México, segun intentaba. El general D. Severo del Castillo habia recibido órdenes de él para que se moviera en la misma direccion y cooperase con él y el general D. Tomás Mejía, el cual se

habia visto obligado á abandonar á San Luis é igualmente se hallaba en marcha rumbo á Querétaro.

La capital del Estado de Zacatecas del mismo nombre, era entonces el lugar de residencia del Gobierno Republicano: Juarez mismo se hallaba en la ciudad. Esta oportunidad era demasiado halagüeña para el jóven intrépido general, quien habia aumentado sus fuerzas con algunas tropas que habia tomado al pasar por Querétaro, y reclutado en su marcha; resolvió dar un golpe de mano, sin aguardar las tropas de Castillo, que aun se hallaban á alguna distancia.

El atrevido plan surtió su efecto admirablemente. El enemigo en Zacatecas fué sorprendido de la manera mas completa y totalmente derrotado. Muchísimos prisioneros, veinte cañones y un gran número de papeles y documentos importantes pertenecientes al Gobierno Republicano fueron fruto de esta brillante victoria. Por poco se coje prisionero á Juarez, el que se escapó en un coche. Seguramente se esperaba que lo cojiesen, puesto que el Emperador habia enviado á Miramon una órden estricta por escrito, para que en el caso que tomase á Juarez prisionero, le tratase de la manera mas amistosa y le enviase á México.

Los Gendarmes Imperiales, quienes en gran parte eran franceses, cometieron algunos excesos, los cuales eran severamente censurados por Miramon siempre que se hablaba de ellos. Entre otras cosas, una de las que enfureció á los liberales muchísimo, fué la de haber amarrado un lazo al pescuezo de un busto de Juarez, y arrastrándolo por las calles de Zacatecas.

Antes de que Castillo hubiera llegado, la ciudad fué nuevamente atacada por una fuerza de los liberales muchí-

simo mas superior, y Miramon se vió obligado á evacuarla á toda prisa.

Dos dias despues de esta retirada y en camino hácia Querétaro y cerca de la hacienda de San Jacinto, fueron atacadas por retaguardia y ambos flancos las tropas de Miramon, por fuerzas superiores bajo el mando de Escobedo. El ataque fué tan repentino, que perdió todo su ejército y artillería, y se contentó con escaparse con unos cuantos oficiales, que tenian caballos lijeros y buenos, hasta Querétaro, adonde se unió á Mejía y Castillo.

Su hermano mayor, general D. Joaquin Miramon no fué tan afortunado. Fué gravemente herido y hecho prisionero. Escobedo le arrastró en su marcha de un lugar á otro, hasta unas cuantas leguas de San Luis Potosí. Allí durante la noche, se dió la órden para fusilarlo. Como el desgraciado hombre se hallaba imposibilitado de andar, fué conducido en un sillón al lugar de la ejecucion, y como que ya se habia oscurecido, fué matado á quema ropa. Para ver si realmente estaba muerto, se encendieron algunos cerillos, pero estos se apagaron varias veces con el viento. El general aun se movia, y algunos oficiales que se hallaban presentes se divirtieron con descargar sus revolvers en su cuerpo. Tenia la cabeza hecha pedazos y el cuerpo atravesado por treinta balas.

En San Jacinto ciento veintitres franceses fueron igualmente cojidos, y entro ellos los que habian ultrajado el busto de Juarez. Por varios dias se les habia tenido en un lugar donde gozaban de bastante libertad; los alegres franceses no tenian presentimiento de la terrible suerte que les aguardaba. Un dia se repartió entre ellos algun rom y se les dijo que se les iba á conducir á otro lugar, pero que

como tenian que pasar por medio del Ejército Liberal, se les vendarian los ojos. Como esto se hace con frecuencia, nada sospecharon y marcharon vendados por media hora hasta que se les permitió que se quitasen las vendas. Entonces se encontraron en un patio interior de la hacienda de San Jacinto, frente á dos batallones de infantería y se les informó que iban á morir de órden del Supremo Gobierno. Era una espantosa y afflictiva escena. Se mataba á diez prisioneros siempre juntos, mientras el resto lo estaba mirando. Los cuerpos, frecuentemente todavía con vida eran echados en un carro y con la sangre escurriendo de este llevaban á los pobres sentenciados, fuera de la hacienda para volver luego por una nueva carga.

Duró esta horrible carnicería, mas de una hora, pues fué interrumpida por un incidente que ilustró aun mas que esta sangrienta ejecucion, la insensible crueldad de esos mexicanos. Los soldados no apuntaban bien, y sucedió que uno de entre una partida de diez, cuyo nombre era Hipólito Rolin no fué dañado por la primera descarga. Dió un salto, tratando de fugarse, pero fué capturado y agregado al próximo lote. En ésta vez solo fué lijeramente herido y se escapó. Pero se le cojió de nuevo, se le amarraron los piés y fué fusilado á quema ropa!

Obtuve todos estos pormenores de un oficial liberal, que presencié esta escena, que apenas tiene igual en la primera revolucion francesa.

D. Tomás Mejía era un indio feo y pequeño, muy amarillento, de cosa de cuarenta y cinco años, con una enorme boca y sobre ella unas cuantas cerdas negras que figuraban bigotes. Era hombre honrado y de fiar, adicto al Emperador, muy buen general de caballería y demasiado cono-

cido por su valor personal. Era su costumbre antes de un ataque, tomar una lanza de uno de sus soldados y acometer con ella, entre los primeros, en las líneas del enemigo. Hace años que á los liberales les quitó Querétaro. Al entrar á la ciudad, sus últimos defensores huyeron al primer piso de la Casa del Cabildo. Mejía se presentó ante esta á la cabeza de su caballería. Lanza en mano subió los escalones, y en el salon principal hizo presos á los liberales, dirigiéndose á caballo al balcon, dando con vivas la bienvenida á sus tropas victoriosas.

D. Severo del Castillo es un hombre flaco, bajo de cuerpo, de pelo negro, complexión débil y casi sordo. Hace algunos años tuvo la desgracia de caer en manos de los liberales y el tratamiento rudo que tuvo que sufrir destruyó su salud para siempre. Le enviaron prisionero á la Isla de los caballos, una isla peñascosa en el Pacífico, que es tan mal sana que nadie puede habitarla arriba de uno ó dos años. El lugar es tan estéril, que no produce ninguna clase de alimentos. De tiempo en tiempo carne fresca y harina era llevada á los prisioneros por los pescadores. Castillo pasó todo un año en esta isla. Se habia construido un jacal con nopales, y dormia sobre alga marina. Al fin logró escaparse de este terrible lugar, con la ayuda de un pescador.

Castillo era un hombre honrado, valiente y un amigo de confianza del Emperador. Es soldado enteramente educado, y su sangre fria en medio del combate es sumamente admirable. El temor es tan extraño para con él, que aun en medio del fuego dá sus órdenes con tanta frialdad y serenidad, como si estuviera en un cuarto de su casa. En mi opinion, de todos los generales mexicanos es el mejor estratégico.

Ramirez Arellano es un caballero muy agradable, muy bien educado, de cosa de treinta años de edad, con una tez sumamente oscura y un arrogante bigote negro. Es un excelente oficial de artillería, y mas tarde llegó á ser gefe de toda ella en Querétaro.

En marcha ya, en San Juan del Rio, el Emperador publicó un bando militar que fué leído á todas las tropas en Querétaro. Este bando informaba al ejército que se ponía á su cabeza que anhelaba este dia para poder combatir por dos de las causas mas santas, Independencia y resraucion del orden. Libres de la «opresion extranjera» y de su influencia, podian hacer todo lo mejor por el honor del pabellon nacional. El 24 de Febrero los jefes de los diferentes cuerpos fueron invitados á comer con el Emperador. Yo igualmente recibí una invitacion y tuve mi asiento junto á López, quien sostuvo una conversacion animada con Su Majestad, que estaba sentado frente á nosotros. López se hizo muy amable en aquel dia, y ninguno de los que le escucharon y observaron, jamás hubiera pensado que este hombre llegaria á ser el Judas de Querétaro.

El 22 marchó el Emperador, acompañado de sus generales, á la garita de Celaya, para recibir al general Méndez, que debia llegar con cuatro mil hombres de Michoacan.

D. Ramon Méndez era gordo y pequeño de cuerpo, con una fisonomía bastante bien parecida, pelo y barba negra y que parecia muy bien con su chaqueta de húsar mexicana. Llevaba un sombrero como el del Emperador, estaba condecorado ademas de las órdenes mexicanas, con la cruz francesa de oficial de la Legion de Honor, que además de él, solo la tenian en el ejército Márquez, Mejía, López y el general Calvo. Méndez era un buen partidario, sumamente

valiente é idolatrado por sus soldados, pero desgraciadamente inclinado á la crueldad. Era adicto al Emperador, pero enemigo decidido de Miramon de quien desconfiaba y de quien decia que poco le importaba Imperio ó Emperador, sino sus propias miras y proyectos ambiciosos: opinion generalmente admitida, que no obstante en el caso de Méndez, podia haberse robustecido por envidia.

En la tarde del mismo dia tuvo lugar una revista, mandada por Miramon, de todas las tropas en Querétaro, menos las de Méndez que se hallaban fatigadas por la marcha. Estas tropas ascendian á mil seiscientos hombres bajo las órdenes de Márquez y aquellas que habian venido con Miramon y Castillo; es decir, los batallones de Cazadores del Emperador y Tiradores, el 7º batallon de línea, los restos del 5º, los jendarmes, el 8º rejimiento de caballería, el rejimiento de la Emperatriz (á caballo) y dos baterías de campaña y una de montaña; en total, cosa de cinco mil hombres. Por lo tanto, toda nuestra fuerza se componia de nueve mil hombres y treinta y nueve piezas.

Despues de esta revista, distribuyó el Emperador algunas condecoraciones entre los soldados que se habian distinguido en el combate de la Quemada en el que habia derrotado el valiente Mejía á los liberales en el camino de San Luis Potosí.

El 23 de Febrero se solemnizó una misa y honras fúnebres en memoria del cruelmente asesinado, general Miramon, á la que asistió el Emperador, recibiendo órdenes el ejército de llevar luto por ocho dias.

El 24 el Emperador dividió el ejército de la manera siguiente: Toda la infantería mandada por Miramon. Esta se componia de dos divisiones bajo las órdenes de Méndez

y Castillo. Toda la caballería mandada por Mejía y la artillería por Arellano. A Márquez se le nombró gefe de Estado Mayor, y á Vidaurri se le hizo ministro interino de Guerra y Hacienda, y este comenzó por imponer un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, pues el dinero habia llegado á ser una necesidad urgente. Los ministros en México habian prometido montones de dinero, poniendo ante el Emperador proyectos financieros muy dudosos. En lugar de los millones que en Orizava habian prometido, solo procuraron mas adelante y con el mayor trabajo los ante dichos cincuenta mil pesos para la campaña de Querétaro, enviándonos solo diez y nueve mil pesos de México que duraron nada mas que unos cuantos dias.

En este mismo dia se tuvo un Consejo de Guerra, en el que se resolvió enviar órdenes estrictas al jeneral Tavera, á quien se habia dejado en poder del mando de la Capital, para que enviase á Querétaro todas las tropas extranjeras que tenia en México, junto con todas las municiones y ambulancias necesarias, y además cien mil pesos. Ya en marcha órdenes semejantes se habian mandado, pero estas habian sido desatendidas por los ministros.

Las tropas que debian ser enviadas de México eran: el rejimiento de húsares del conde Khevenhüller (todos austriacos), el batallon del baron Hammerstein (igualmente austriacos) de cosa de 400 á 500 hombres; los jendarmes de la guardia, bajo las órdenes del conde Wickenburg, los Cazadores de á caballo (todos extranjeros mandados por los mayores Gerloni y Czismadai, é igualmente ocho piezas rayadas.

En la tarde del 25 de Febrero se les pasó revista á las tropas de Méndez. Eran las mejores tropas mexicanas en

el ejército del Emperador, á quien ya habian servido por algunos años, batiéndose independientes de los franceses en el Estado de Michoacan. Estas se componian del 1º, 2º, 3º y 4º batallones de línea, el 4º y 5º rejimientos de caballería y una batería de campaña y otra de montaña.

Antes de continuar, preciso es que digamos unas palabras con respecto á la ciudad de Querétaro y sus diversas localidades.

Querétaro es la capital del Estado del mismo nombre y está situado en el lado Sur del pequeño Rio Blanco, que fluye de Oriente á Poniente, y el que abajo de la ciudad dá una vuelta hácia el Sur. La ciudad tiene entre cuarenta y cincuenta mil habitantes, y forma no enteramente un cuadrángulo regular de dos mil cuatrocientos metros de largo, por dos mil doscientos de ancho. Está fabricado en un valle cuyas opuestas alturas pueden mútuamente alcanzarse á tiro de cañon.

Al lado Norte del pequeño rio están los suburbios de San Luis, con sus jardines que suben sobre un cerro á la altura de ciento cincuenta metros de elevacion, llamado de San Gregorio. Otro cerro aun mas elevado llamado San Pablo, se estiende hácia al de San Gregorio, en direccion paralela y de él está dividido por un valle de mil á mil doscientos metros de ancho.

Tras del de San Pablo se eleva el cerro de la Cantera que se estiende hácia el Oriente y que con un vuelo en direccion al Sur, se acerca al Rio Blanco dentro de cincuenta ó cien metros arriba de la ciudad.

Frente á esta punta de la Cantera sobre la orilla del Sur del Rio Blanco y muy cerca de él, se eleva una cordillera montañosa que se estiende en direccion Sur-oeste, y

forma una curva que alcanza hasta el fin de la parte Occidental de la ciudad, adonde se separa por un llano de ochocientos á mil metros de ancho. Esta cordillera se la llama el Cimatario, con diferentes nombres para sus diversas partes. Una de estas partes, y la mas elevada, es la Cuesta China, sobre la que corre el camino que viene de México.

En la estremidad Occidental del Cimatario, y mas cerca de la ciudad, hay otro cerro aislado que se llama el Jacal. Al Poniente de la ciudad se estiende un llano, en cuyo centro está un cerro peñascoso y aislado demasiado poblado con nopales, y llamado el Cerro de las Campanas, y á una distancia de cosa de mil y quinientos metros de la ciudad.

De esta descripcion se trasluce que Querétaro es el peor lugar en el mundo para defender, pues desde los cerros que lo rodean se puede alcanzar cualesquiera casa á tiro de cañon. Solo se podia hacer una defensa con un ejército suficientemente numeroso para poder cubrir esos cerros.

El punto mas elevado de la misma ciudad es su estremidad Sur-oeste, en donde en una roca no muy alta está fabricado el muy estenso colejio de la Santa Cruz, comunmente llamado la Cruz. En la estremidad Sur-oeste está la garita del Pueblito y cerca de ella la Casa Blanca. Entre esta y la Cruz está la Alameda, un lugar no muy grande para pasearse, y que se encuentra en todo pueblo ó ciudad de oríjen español.

El rio que separa á la ciudad de los ya mencionados suburbios de San Luis, es vadeable en varios lugares, y solo tiene un puente al fin de la calle de Miraflores, una de las principales de Querétaro que atraviesa todo el centro

de la ciudad y comienza á la estremidad Nor-oeste de la Alameda. La ciudad tiene muchísimas iglesias, capillas y conventos, y ofrece un golpe de vista sumamente pintoresco.

Hasta el 1º de Marzo se pasó el tiempo haciendo muchas preparaciones y esperando noticias de México. No vimos nada del enemigo y oímos bien poco.

El nuevo ministro de Hacienda trató de regularizar las pagas de los soldados, lo mismo que el departamento de la Comisaría. Esto lo hizo con tanto éxito, que no solamente estaban satisfechos los soldados sino encantados, pues un estado tan bien arreglado de las cosas, era enteramente milagroso en un ejército mexicano.

Como soy mediano financiero, no podía ayudar al jeneral Vidaurri en su onerosa aunque benéfica tarea, y no teniendo ninguna obligación que hacer, pasé el tiempo lo mejor que pude hasta que el estallido del cañon de nuevo puso mis facultades en juego.

Visité el teatro de Iturbide que está en la calle de Miraflores y adonde algunas comedias españolas se representaban diferentemente y donde mas tarde la tragedia mas triste del siglo debia efectuarse.

Durante estos dias tuvo lugar una corrida de toros en la plaza de estos, cerca de la Alameda. La plaza estaba enteramente llena, yo tambien me encontraba allí. El Emperador no fué á los toros, sin embargo de que antiguamente cuando estaba viajando en España era entusiasta por esta diversion: probablemente no esperaba gran cosa esta vez. Realmente fué una cosa despreciable, aunque bastante sangrienta. Seis caballos salieron heridos, y ni picadores ni matadores mostraron ninguna destreza.

No debo, sin embargo, omitir un incidente medio repugnante, medio risible, que tuvo lugar en esta corrida. Se presentaron dos mujeres en la arena para probar su destreza contra un toro que tenia las cuernos cubiertos con unas bolas. Estas toscas, aunque bastante bonitas mujeres, sin embargo no ganaron mucha gloria: bastante golpeadas y con el traje hecho pedazos se vieron obligadas á huir de la arena, seguidas de las carcajadas irrisorias y los silbidos del público.

El 1º de Marzo pasó el Emperador revista á la caballería de Mejía que para ser tropa mexicana, era excelente. Los caballos parecian sumamente aseados y bien mantenidos, y los uniformes de los soldados mejor que de costumbre. Las mejores tropas entre ellas, eran el rejimiento de Quiroga; la mayor parte de ellos se componia de gente de Vidaurri, quienes se habian batido contra Mejía, hasta que se pasaron con su antiguo gefe al Emperador: despues el rejimiento de la Emperatriz y el 5º

Patrullas de caballería habian recorrido los alrededores de la ciudad para adquirir noticias del enemigo; y de los hacendados y especialmente de los sacerdotes, supieron aunque solo como rumor, que se estaban concentrando masas de liberales en San Martin entre Querétaro y San Luis Potosí, y otros por Celaya á cosa de cuatro ó cinco leguas de Querétaro.

En la tarde del 2 de Marzo tenia que dar un informe al Emperador. Como estaba á punto de dar un paseo á caballo, me invitó á que le acompañase á la Alameda; cuando en camino ya, un oficial le puso en su mano un despacho de México que acababa precisamente de llegar.

Despues de haberlo leído, me dijo: «Mire vd. que gente

esta! (se referia á sus ministros en México) estos señores tienen miedo, y no me quieren enviar ninguna tropa. Dicen que la capital está en peligro. Solo temen por ellos mismos.»

La noticia del avance del enemigo se confirmó el día 4 de Marzo en la tarde, y el 5 al anochecer se le vió concentrarse en el llano al Poniente del Cerro de las Campanas, y se reforzaron nuestras avanzadas. Durante la noche del 5 al 6 de Marzo la guarnicion estuvo alarmada, pues se esperaba un ataque al amanecer. La posicion que por algun tiempo conservamos, era da la manera siguiente:

El centro y punto culminante era el Cerro de las Campanas, que se inclina con un declive precipitado hácia el Poniente. Aquí el Emperador y Miramon se situaron con un batallon y dos baterias. Entre este Cerro y el de San Gregorio, en donde estaba colocada una batería se hallaba la division de Castillo. A la izquierda del cerro de las Campanas y entre este y Casa Blanca, cerca de la del Pueblito, estaba apostada la division de Méndez, cubriendo de esta manera el camino que viene de Celaya. Entre la Casa Blanca y la alameda estaba formada en columnas nuestra caballería bajo las órdenes de Mejía; su flanco izquierdo cubierto por dos rejimientos.

En la mañana se vió mover al enemigo en el llano al Poniente de las Campanas, pero no se intentaba ningun ataque; puramente ocuparon los pueblitos y haciendas de las inmediaciones.

Desde esa vez el Emperador se quedó en el Cerro de las Campanas y durmió esa noche y las subsiguientes, en el suelo, tapado con su plaid, y arriba de él el estrellado cielo. Miramon y Márquez, que estaban con él, hicieron

otro tanto. Se limpió el cerro de los nopales con que estaba enteramente cubierto, y se construyeron algunos parapetos, y cosa de seis ó siete trincheras para cañones.

Los exploradores de á caballo pertenecientes al ejército del enemigo que entonces se componia de diez y ocho mil hombres, mandados por el general Escobedo, se acercaron á nuestras líneas á distancia de quinientos ó seiscientos pasos.

El general Vidauri, que entonces era en el campamento á la vez Ministro de Hacienda y de Guerra, estaba ocupado á manos llenas con el abastecimiento para las tropas, y haciendo arreglos financieros, en lo que no le podia ayudar; por lo tanto siempre me mantuve cerca del Emperador, sin tener ninguna obligacion en particular.

En la mañana del 7 de Marzo se esperaba un ataque con mayor certeza, puesto que el enemigo se dejaba ver engrosando sus fuerzas en el llano. Sin embargo, pronto descubrimos que esto solo era para pasar revista.

Varios generales aconsejaron al Emperador atacase á los liberales saliéndose de esa posicion, con todas las fuerzas disponibles, y él se inclinaba á ello; pero Márquez se opuso á esta empresa, y dijo que el enemigo no aguardaria nuestro ataque en el llano, y que igualmente seria mejor dejarlo reunir todas sus fuerzas para de un solo golpe aniquilarlo.

La sabiduría de este consejo ingénuo al fin me fué esplicada por el ruso ayudante militar de Márquez, quien consideraba mis razones para un ataque inmediato como pendería.

Los días subsiguientes trascurrieron esperando un ataque con impaciencia, y con los movimientos del ejército enemigo, en los que no fué estorbado por nosotros.

Nuestro jefe de Estado Mayor, Márquez, debe haberse imaginado que el pequeño rio Blanco era suficiente proteccion para nuestro flanco derecho, pues se olvidó de ocupar el cerro de San Pablo, que dominaba la ciudad. Pronto echó de ver esta omision el enemigo, que ocupaba la garita hácia el norte, situado al pié del cerro de San Pablo, lo mismo que la capilla en la punta de este cerro, en la noche entre el 8 y 9 de Marzo. Como esta posicion podia llegar á ser muy molesta á nuestro flanco derecho, el general Méndez hizo un reconocimiento á viva fuerza en esta direccion, con el rejimiento de la Emperatriz y los húsares. Despues de una pequeña escaramuza en el valle, entre San Gregorio y San Pablo, se retiró. En consecuencia á este reconocimiento, el jeneral Castillo avanzó con una brigada la mañana siguiente sobre San Pablo, su flanco cubierto por caballería. El batallon de Cazadores, que se hallaba á la cabeza, desde la garita siguió la infantería del enemigo, asaltó el cerro de San Pablo, y su capilla, y se retiró despues de haber descubierto del otro lado del cerro á varios miles de infantería. En este ataque el comandante de los Cazadores, teniente coronel Villasana, fué herido.

El Emperador me mandó llamar al medio dia. Como habia mandado una brigada del ejército de los Estados- Unidos, se disculpó al preguntarme si queria aceptar el mando de Cazadores, pues no habia ninguna brigada vacante. El cuerpo cuyo mando me ofrecia él, dijo era selecto, y solo podia manejársele por medio de grande enerjía. Como estaba sumamente cansado de mi posicion sin ninguna obligacion fija, lo acepté con gusto. Se extendió mi nombramiento inmediatamente y el mayor que estaba encargado del cuerpo, me presentó al batallon.

Fuí bien recibido, tanto por los oficiales como por los soldados, aunque el mayor tal vez estaba algo descontento, pues seguramente esperaba le hubieran ascendido á él. Los cazadores llegaban casi á setecientos hombres, quienes en su mayor parte eran franceses; pero tambien habia alemanes y húngaros y cosa de ciento cincuenta mexicanos. Era un cuerpo desenfrenado, de los soldados más valientes que se pueden encontrar. El batallon estaba colocado en el centro de la posicion del general Castillo, cerca del camino de Querétaro á San Luis Potosí, y fueron agregadas cuatro piezas de á doce.

En la tarde se observaron en el enemigo movimientos rápidos. Las alturas de San Pablo y la Cantera fueron ocupadas por ellos, y lo mismo sucedió con la Cuesta China, adonde construyeron una batería. Nada se hizo para contrarestar estos movimientos, pero se consideró como prudente el que cambiásemos nuestra posicion. El general Castillo se retiró atrás del rio Blanco, y ocupó toda la línea del rio á lo largo de la ciudad. Se envió una brigada de la division del general Méndez al convento de la Cruz, adonde el Emperador estableció su cuartel general, y adonde le siguió su jefe de estado mayor, Márquez. La caballería, bajo las órdenes de Mejía, se mantuvo en su posicion anterior.

A consecuencia de estos cambios, se nos encargó á mí y á mis cazadores de la defensa del puente al fin de la calle de Miraflores.

En esa misma tarde ya cosa de las seis, rompió el enemigo el fuego contra la Cruz, con su batería de la Cuesta China.

Como que la Cruz desde ahora ocupará la parte más

prominente en el sitio de Querétaro, es necesario hacer una descripción de ella.

El extenso convento de la Santa Cruz que está colocado sobre una roca en la estremidad Sur-este de la ciudad, y á la que domina, data desde los tiempos de la conquista, y está fabricado de una piedra muy sólida, contra la cual las balas de cañon hacen poca impresion.

El largo de todo el edificio es un poco mas de seiscientos méetros, y su ancho cosa de cuatrocientos. Todo él está cercado de una muralla sólida de piedra. Otra muralla divide la área en dos partes. La parte hácia el Poniente, que tiene doscientos sesenta méetros de largo, contiene en su mitad hácia el Norte el convento, la otra mitad al Sur está ocupada por varios patios. La parte Este de la área perteneciente al convento, está ocupada por un gran patio, que seria igualmente rectangular si su muralla al Norte no formase un ángulo saliente. En la muralla hácia el Este, saliéndose afuera está colocado un edificio sólido de piedra, llamado el panteon. Es el lugar donde se entierra en el convento, y en su costado al Sur está una capilla. Como el terreno se inclina de Oriente á Poniente, este panteon, con su capilla se considera el lugar más elevado de la ciudad.

Por esta descripción se verá que la Cruz puede considerarse como la ciudadela de Querétaro.

Cuando el general Márquez arregló la defensa de la Cruz dejó el panteon y su capilla desocupados, y cuando el Emperador y otras personas se manifestaron en contra de esto, Márquez dijo: «Que no conocian al enemigo con quien tenian que ver.» Márquez siempre le habia dicho al Emperador que el ejército de los liberales no era más que una chusma despreciable.

SITIO DE QUERETARO.

EL 14 de Marzo es en el sitio de Querétaro un día muy memorable y glorioso. Los movimientos en el ejército enemigo por la mañana, indicaban que se intentaba un ataque general, y este tuvo lugar á cosa de las diez, contra tres diversos puntos: la Cruz, el puente, y la posición entre la alameda y Casa Blanca, cuya última estaba ocupada por la caballería al mando de Mejía. Un cuarto ataque, sobre el cerro de las Campanas fué solo falso.

Tan pronto como las baterías situadas sobre la Cuesta China dieron la señal, fuertes columnas de caballería avanzaron de contra la Casa Blanca y la alameda. Cuando llegaron al llano frente á ellos, Mejía les atacó con su caballería, y con tal impetuosidad, que el enemigo, despues de una corta resistencia, huyó en gran desorden. Nuestra caballería les persiguió mas allá del cerro Cimatario, el que no ofrece obstáculos á las evoluciones de la caballería, corriéndolos hasta su campamento, cerca de la Estancia de las Vacas, y matando é hiriendo á ciento treinta hombres, y tomando á setenta prisioneros.